2n Festival literari
Castell de Canyelles

Relat: El año de los ahogados

Autor: Silvia Gascón Tudela

Categoria: Castellà

Premi del certàmen:
obra de l'escultor i artista
Francesc Barceló

Ajuntament de Canyelles

Diputació Barcelona

El año de los ahogados
Sílvia Gascón Tudela

El cadáver apareció flotando a unas diez millas de la costa, en los alrededores de la punta de les Coves. Fue justo al amanecer, cuando el faro de Sant Cristòfol había apagado su ojo nocturno, ése que guía los barcos en la cerrada noche y que desde hacía unas semanas iluminaba, de forma inusual para la población, las paredes rocosas de aquella zona, un lugar sin grandes riesgos de naufragio. Lo encontró uno de los barcos pescadores implicados en la ayuda a la localización de sus compañeros, víctimas del trágico suceso acontecido el día anterior. Estaban exhaustos, cansados y abatidos por la tristeza del terrible hecho. Desde la distancia, pudieron percibir un objeto flotando sobre la superficie del mar. Siendo conscientes de la posibilidad, fueron acercándose con la esperanza dividida entre encontrar a algún compañero y volver a sentir la opresión en el pecho o que se tratara simplemente de un trozo de madera procedente de alguna barca hundida y dejarse llevar por el alivio momentáneo durante unos segundos. Cuando apenas se encontraban a unos metros, vieron que se trataba de un cuerpo inerte, el abatimiento apareció de nuevo. Una camisa blanca deshilachada cubría la espalda y un trozo de cuerda rodeaba su cuello. Toda la parte frontal estaba sumergida en la calma de aquel agua salada. Una vez se encontraron junto al cuerpo, se miraron en silencio esperando a que alguno de ellos se ofreciera voluntario para darle la vuelta al mismo, pues nadie quería ser el primero en ver la cara sin vida de algún amigo.

Finalmente uno de los pescadores dio el paso y se aventuró a la acción, había que acabar con aquella pesadilla lo antes posible y poder empezar con el duelo. Pensó en su familia y en la de sus compañeros, sabía que debía hacerse cargo de aquella indeseada tarea. Cuando consiguió girar el cuerpo todos abrieron los ojos con incredulidad, el aire que entraba por sus bocas abiertas parecía actuar con tal fuerza que impedía que éstas se cerraran, el reflejo de sus caras mostraba la perplejidad y el miedo a partes iguales, ese rostro no era, claramente, lo que esperaban encontrar. Aquel 10 de noviembre de 1886, justo 75 años, 5 meses y 25 días después de la caída de un meteorito en la población cercana de Canyelles, fue el inicio de una serie de acontecimientos que harían tambalear los cimientos éticos de la pequeña comarca del Garraf.

El 9 de noviembre de 1886, un día antes de aquel atroz descubrimiento, la tragedia había hecho su aparición en la población de Vilanova. Como cada mañana, una treintena de pescadores habían preparado los materiales de pesca y subido a sus

barcas, adentrándose mar adentro para buscar el alimento que les permitía mantener a sus familias. El viento estaba en calma y el mar tranquilo, apenas había oleaje y parecía que iba a ser un día bueno para la pesca. Sus pronósticos fallaron. A media mañana empezó de forma inesperada a levantarse una ligera brisa, como si fuera un preaviso al que nadie prestó atención. Los trabajadores, habituados al mar, no le dieron importancia y siguieron con su trabajo. En pocos minutos el oleaje empezó a rugir con furia, fue tan rápido el cambio que no les dio tiempo a reaccionar. Una fuerte corriente empezó a arrastrar a los barcos hacia sudoeste como si de un agujero negro se tratara. Los pescadores, asustados, procedieron a utilizar todos sus conocimientos para poder llegar a tierra lo más rápido posible, la desesperación y el miedo a morir les hizo luchar con una fuerza extraordinaria. Sin embargo, para la mayoría de ellos no fue posible salir, empezaron a ver cómo, una a una, cada barca de los compañeros era atraída y tragada por aquel estallido del mar, por aquella inusitada fuerza marítima, haciendo astillas las embarcaciones en segundos. Sólo doce marineros sobrevivieron. Veintidós vidas finalizaron allí su viaje entre los cabos de Sant Gervasi y Sant Cristòfol. Huérfanos y viudas quedaron desamparados. La experiencia pesquera, traspasada oralmente por generaciones del mar, no hizo presagiar algo parecido a aquel acontecimiento, era inexplicable, al menos por aquella zona acostumbrada a un mar Mediterráneo en calma y sin grandes naufragios. Fue en aquella inesperada catástrofe, donde el inerte cuerpo apareció flotando, profundizando todavía más la ya sangrante herida de la población. Un suceso que no tenía relación con la tragedia ni tampoco explicación. Por todo ello, las autoridades portuarias decidieron encargar la tarea de encontrar respuesta a uno de los más experimentados y condecorados entre todos los policías de la zona naval, Marius Argent.

Había sido un gran jefe venido a menos. Lo apartaron del cuerpo por un turbio asunto del pasado, motivo por el que decidieron contar con él en este caso. Nadie quería ir desde Barcelona a trabajar a aquella pequeña población en la que el extraño suceso poco podía influir para su carrera laboral. Varios oficiales estaban trabajando en el caso de los marineros que perecieron bajo la emboscada marítima, pero a nadie le importaba un cadáver extraviado. Marius Argent era un hombre de honor. Había trabajado varios años en el puerto marítimo de Génova y Ancona antes de regresar a Barcelona. Su buen ojo para captar a las personas, junto a sus grandes conocimientos navales lo habían llevado a convertirse en comisario jefe, cosechando grandes logros, pero un trágico suceso acabó con todo. Desapareció un par de años sin que nadie supiera nada de él, hasta que se le volvió a ver por Barcelona ocupando trabajo como sereno por las oscuras calles del barrio marginal de la ciudad. Pasaba su vida paseando por las

abarrotadas rúas de la noche, donde personas desesperadas campaban por doquier. Almas en pena, como la suya.

En aquellos precisos instantes, se encontraba sentado en la silla de una habitación del pequeño cuartel del cuerpo de seguridad local de Vilanova. Erguido, como de costumbre, con un viejo traje que todavía conservaba de su época gloriosa. Chaqueta azul marino con botones dorados. Pantalones a juego y unos viejos zapatos negros que demostraban el uso excesivo al que habían sido sometidos. Un pequeño bigote blanquecino adornaba su cara arrugada. No eran arrugas de vejez, sino de una vida dura y un gran sufrimiento. Tenía las manos apoyadas sobre las rodillas y observaba con suma atención, sin emitir palabra alguna, a quien en aquellos momentos consideraba su oponente, que se encontraba justo enfrente. Y de repente, empezó el interrogatorio.

—¿Cuál es su nombre?—, preguntó Marius.

—Ana.

—Nombre completo.

—Ana Vidal.

—Bien Vidal, ¿y por qué está sentada enfrente mío en esta habitación?

—Me han dicho que soy su ayudante, Comisario —comentó mientras no dejaba de rascarse la cabeza.

—Ayudante, ¿qué experiencia tiene en el área de investigación marítima?

—Tengo 17 años. No tengo mucha experiencia todavía, Comisario.

—17años… ¡pero si es una niña!. Por cierto, no soy Comisario —replicó Marius con tono seco.

—Me han dicho que lo fue —contestó Ana.

—Efectivamente, lo fui. Ya no.

—Pues para mí, si usted fue Comisario sigue siéndolo. ¿O ha perdido la memoria y todo lo que sabía?

—No he perdido la memoria, pero ya no soy Comisario. Y deje de rascarse la cabeza.

—Vale, como quiera, entonces le llamaré Comi —afirmó.

—¿Tiene respeto por la autoridad?

—No mucho… pero a usted sí, por supuesto…

—¿Por qué no deja de rascarse la cabeza?

—Cosas mías.

—No tiene mucho aspecto de mujer —comentó Marius mientras observaba a aquella niña con aire poco cuidado, pelo corto, gorra y pantalones sucios.

—Eso me dicen todos, por eso me ha pasado lo que me ha pasado.

—¿Qué le ha pasado?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada que usted deba saber, Comi.

—¿Por qué no está buscando marido?

—Porque no quiero.

—Y ¿Qué quiere?

—Ser farera.

Tras aquella respuesta, y sin que sirviera de precedente, Marius Argent empezó a emitir una sonora carcajada alargada en el tiempo, tras la cual, paró repentinamente y emitió su última frase en aquella extraña conversación.

—Una mujer no puede hacerse cargo de un faro.

—Ya veremos —respondió Ana—. Acto seguido se levantó con la intención de irse. Mientras salía por la puerta giró la cabeza y comentó— Verá como le soy muy útil. De pequeña salía a pescar con mi abuelo y mi padre, conozco el mar y a todos los habitantes de este lugar, incluso sus vidas y secretos —entonces procedió a guiñarle el ojo en tono burlesco y a cerrar la puerta tras de sí.

Marius era consciente que le habían puesto a aquella niña extraña porque pensaban que era como él, una marginada. Parece ser que nadie les iba a tomar en serio en aquella investigación, pero él, Marius Argent, antiguo comisario jefe destinado a la zona naval, iba a ser igual de profesional que había sido siempre.

El primer día de trabajo amanecía cansado. Había dormido mal. No estaba acostumbrado a una cama de lana como aquella en la que se hundía y no podía moverse demasiado. Solía tener pesadillas desde hacía tiempo, estar encajonado en aquel lecho le había imposibilitado pegar ojo. Había conseguido aquella humilde habitación de alquiler propiedad de una viuda de edad avanzada. Era un trato adecuado, a él no le costaba mucho dinero y a ella le ayudaba con los gastos. La habitación era pequeña y sencilla, pero tenía una palangana y un espejo que le permitía lavarse y afeitarse sin tener que compartir estancia. Se colocó su traje como de costumbre y salió con el objetivo de desayunar antes de empezar. Pero cual fue su sorpresa al observar que en la cocina se encontraba la vieja viuda acompañada de Ana que estaba sentada en la mesa con cara de impaciencia.

—¡Ya era hora Comi!, ¡dese prisa que tenemos que empezar a trabajar!

—¿Qué hace aquí niña, perdón Vidal? ¿No quedamos directamente en las inmediaciones del puerto?

—¿Y perder el tiempo esperando allí?, así le hago un poco de presión , además, conozco a la señora Clotilde hace tiempo y es de las pocas personas de la zona que me caen bien —comentó girando la cara hacia la mujer y guiñándole un ojo.

—De acuerdo. Pero voy a desayunar tranquilo. La buena alimentación es importantísima para trabajar bien. Debe hacerlo usted más a menudo, la veo muy delgada.

—No como mucho.

—Pues debería. ¡Y deje de rascarse la cabeza!

Habían sido convocados en el mismo puerto de Vilanova. Allí, habían mantenido el cadáver en la lonja de pescado y debían analizarlo lo más rápido posible, pues sería enterrado fuera de Campo Santo antes del anochecer.

—Bien niña…Vidal, ahora vamos a ver el cuerpo de un hombre muerto. ¿Está usted segura que desea entrar?

—He visto muchos.

—¿No tenía 17 años y poca experiencia?

—Sí, pero las enfermedades arrasan con muchas personas por aquí. No se preocupe por mí. Además ya sé por qué se asustaron los que lo encontraron. No es uno de los nuestros.

—¿Qué quiere decir?

—Pues, que no es pescador.

—Lo entendí, niña…Vidal.

—Es otra cosa, pero pescador de la zona no.

Lo que Ana ya sabía pero no llegó a explicar a Marius, fue algo que él pudo comprobar directamente. El cuerpo ahogado que habían encontrado flotando en el mar, era el de una persona con rasgos exóticos para aquella sociedad, de otra parte del mundo. Su cuerpo había sido mordisqueado por pequeños peces. Por el olor y el hinchazón se veía claramente que había estado sumergido en agua salada un par de días, por lo que llegaron a la conclusión, ya prevista, que no era ninguno de los marineros ahogados el día anterior. Analizando más en detalle, Marius se dio cuenta que el cuerpo presentaba varias marcas en tobillos, muñecas y cuello, aparte de heridas profundas en espalda y abdomen, pero imposible saber si habían sido consecuencia de su estancia en el mar o del lugar del que procedía. La pregunta más obvia era cómo había llegado a aquellas aguas y de dónde venía.

Una vez examinado, y tras comprobar que no podían extraer ninguna conclusión más, Marius ordenó que hicieran un retrato del cuerpo con el mayor detalle posible. Su intención era clara, conservar aquellas pistas visuales, aunque fuera en papel y al mismo tiempo, tener un dibujo de su cara por si alguien aparecía buscándolo.

—Esta tarde es el entierro —comentó Ana.

—¿Adónde?

—En una parte del cementerio donde están todos los que nadie quiere. Si yo ahora muriera, me enterrarían también allí.

—No diga tonterías. Usted tiene familia.

—Como si no la tuviera. ¿Y usted Comi, no la tiene? Lo digo porque es mayor y…

—Iremos al entierro de ese hombre —cortó bruscamente Marius evitando el tema.

—¿Al del hombre ahogado?

—Sí. Aunque esté aquí solo y no sepamos quien es, también tendrá familia en algún lugar.

—Tiene razón, Comi. Es uno de los nuestros —respondió Ana con sonrisa cómplice. Hecho que no le gustó a Marius, pues le recordó que ya no era el hombre admirado de antaño.

—Aclarado, entonces. ¡Y deje de rascarse!

El entierro, se produjo en la más estricta soledad, como estaba previsto. Se encontraban ellos dos y el sepulturero. El resto del pueblo estaba en la ceremonia de los marineros muertos que se celebraba a la misma hora. A nadie le importaba aquel hombre ni su historia, todo el foco estaba centrado en la gran tragedia. Sin embargo, cuando Marius y Ana abandonaban el lugar, un hombre joven les intercedió. Éste era uno de los marineros que encontraron el cuerpo. Con los ojos rojos de pena y su boina en la mano les saludó.

—Buenos días. ¿Son los que investigan el caso del hombre?

—Si —contestó precipitadamente Ana mientras Marius la miró con reprobación.

—¿Y usted es? —atisbó a decir el señor Argent.

—Soy Alfredo, uno de los marineros que encontró el cuerpo. Todos estamos muy tristes por nuestros amigos, pero no dejo de soñar con ese hombre, es una pesadilla.

—Efectivamente, es una pesadilla. Nuestras condolencias por lo de sus compañeros —comentó Marius.

—Gracias. ¿Saben ya algo de la identidad de ese hombre?

—No todavía, será complicado porque no parece de por aquí.

—Lo sé, yo también lo vi. ¿Han visto los papeles?

—¿Qué papeles?—, preguntó precipitadamente Ana con cara de interés.

—Aquel mismo día encontramos una botella con documentos. Estaba flotando en el mar

—¿No me diga?—, respondió de nuevo más emocionada.

—¿No la han visto?

—¡No! —, contestaron ambos visiblemente sorprendidos.

—Bueno, como parecían ser unos mapas y papeles extraños y no sabíamos si tenían relación con el cadáver, los llevamos a las dependencias del cuerpo de seguridad para que los entregaran en la gobernación civil de Barcelona, en la sección naval.

—¿Cómo? Necesitamos verlos.

—Pues mañana sale el mensajero, como cada semana. Vayan a preguntar al cuerpo local, los tendrán seguramente ellos.

—Muchas gracias por la información.

—De nada, y espero que puedan ayudar a ese hombre, aunque ya no lo necesite. Buen día tengan y vayan con Dios —y poniéndose de nuevo la boina, Alfredo volvió a la triste ceremonia de sus amigos.

Les costó tener acceso a los documentos que el marinero les había comentado, pues ya era tarde y su investigación no era prioritaria para el cuerpo de vigilancia de la zona. Como ejemplo, el hecho de no haberles informado de aquel encuentro que podría tener relación con el cuerpo, acción que molestó muchísimo al señor Argent y que hizo saber al jefe a cargo en el momento en el que lo tuvo delante. No importó demasiado su enfado, pues había perdido autoridad y era consciente de ello. Consiguieron, sin embargo consultar los documentos, pero solo les permitieron cinco minutos para ello. No era tiempo suficiente, pero debían aprovecharlo bien.

El cadáver había sido encontrado junto a una botella de vidrio cerrada dentro de la cual había varios documentos concretos. Uno, era el dibujo de un pequeño puerto, se veían varias barcas pequeñas y cuatros casitas frente a la playa. Un caminito llevaba a lo alto de una pequeña colina y allí se encontraba un edificio más imponente. La vegetación que se observaba le daba un aire exótico al lugar y era evidente que no era un sitio cercano. Abajo, en letra pequeña ponía: *la bahía de Santa Isabel*. También había una Carta Náutica de la misma zona, un escrito dirigido a un tal comandante Santiago García con unas instrucciones y una notas borrosas.

Aquella documentación había sido como encontrar un gran tesoro. Con ella varias pistas se pusieron en marcha y eso les permitía seguir con la investigación. A decir verdad, Marius tenía pocas esperanzas de poder avanzar, sin embargo, aquel descubrimiento había sido fascinante, algo en él despertó. Había olvidado la maravillosa sensación que era descubrir nuevos mundos, algo constante en su anterior trabajo, ahora algo dentro de él se empezaba a remover y comenzó a sonreír levemente. Su primer pensamiento fue que se lo diría a su mujer, pero descartó la idea por imposible, fue un auto reflejo que todavía permanecía. Acto seguido, su cara empezó a mostrar signos de tristeza que fueron interrumpidos por la aguda voz de su acompañante.

—¡No entiendo nada! —, dijo Ana alterada moviendo los documentos sin parar

—¡Tenga cuidado con ellos!, son pruebas. ¿No dijo que había acompañado a su padre y abuelo al mar muchas veces?

—Sí, ¿pero cree usted que los pescadores vamos con mapas a hacer el trabajo? Tenemos nuestros conocimientos orales y nuestros cuerpos. Muchos no sabemos ni leer, aunque yo aprendí un poco en la escuela —puntualizó.

—Pues si desea ser farera, debe usted aprender a leer una carta náutica como ésta. ¿Ve?

Ana hizo un gesto con los hombros como dando la razón a Marius pero sin querer confirmar su ignorancia, lo único que pudo entender fue el dibujo de una playa en algún lugar…

—Este mapa corresponde al puerto de Santa Isabel —comentó Marius sin dejar de mirar los documentos.

—¿Y eso dónde está?

—Pertenece a los territorios españoles del Golfo de Guinea. En África.

—¡África! —exclamó sorprendida. Eso suena lejísimos, siguió diciendo mientras se rascaba la cabeza.

—Pues sí, muy lejos. ¿Y sabe una cosa niña…Vidal?, creo que hemos descubierto el origen de nuestro cadáver.

—¿Quiere decir Comi ,que ese hombre viene de África?

—Sí.

—¿Y que ha llegado aquí hasta el mar Mediterráneo?

—En efecto.

—Pues nadando no habrá sido —comentó guiñando el ojo.

—Correcto. Mi teoría es que ha llegado en barco.

—¿En barco?, ¿desde África?

—Sí niña… Vidal, sí. Existen muchos barcos que vienen de las colonias y se dedican a hacer comercio, traen objetos de zonas lejanas y las venden aquí.

—Aaaahh —comentó ella con incredulidad —Deben ser barcos muy grandes.

—Sí, mucho más que los de los pescadores de la zona, mucho más. Y pueden transportar infinidad de cosas y personas, ¿ve? —continuó diciendo Marius— ésta es una Carta Naval. Aquí señala la escala y las profundidades de la costa. Y luego está la latitud y la longitud, así como los puntos cardinales que permiten orientarse a los navegantes.

—¿Puntos cardinales? —, comentó sin dejar de rascarse.

—Sí, el Norte, el Sur, el Este que está en el lado derecho de la Carta y el Oeste en el lado opuesto.

—Creo que es muy difícil saber todo eso. Quizás tenga razón y no pueda llevar un faro… —comentó con voz triste Ana. Pero inmediatamente volvió a su inusitada alegría— ¡Tengo que empezar a estudiar desde ya!, ¿me enseñará Comi?

—Depende, ya veremos. Ahora céntrese, que nos queda poco tiempo.

La documentación iba acompañada por una carta dirigida al capitán del barco Santiago García. Parecían unas indicaciones para llegar a la costa del Garraf. Gran parte de la hoja no podía leerse porque la tinta se había corrido por la humedad y algo de agua que había tocado la hoja, pero podía distinguirse una pequeña parte: *"deben llegar en noche cerrada. Una vez se encuentren en las siguientes coordenadas, deben esperar a que la luz les marque el lugar de desembarque para seguir su camino a pie".*

Tras leer este fragmento de la carta, Marius se quedó pensativo, *la luz les marque el lugar de desembarque…*

Más abajo se encontraba una pequeña anotación con letra casi ilegible, resultado probable de una rápida escritura: *"…nos hundimos, la mercancía no llegará…ayuda"*

De repente, mientras el excomisario reflexionaba sobre lo que había leído, Ana se puso nerviosa, empezó a moverse más de lo normal y a rascarse con más fuerza, parecía evidente que había descubierto algo.

—¡El sello, el sello! —, gritaba.

—Dígame niña, dígame.

—¡El sello, el sello! —, continuaba repitiendo sin cesar.

Parecía haber perdido el contacto con la realidad. No paraba de gritar y no atendía a la petición de Marius. Éste se dio cuenta de que su actitud era extraña y que estaba dejando ver una parte oculta en ella. Al pasar unos segundos y ver que no reaccionaba la cogió fuertemente de los hombros y empezó a zarandearla con fuerza hasta que le

espetó una bofetada en la cara y ésta paró repentinamente. Acto seguido él se arrepintió, nunca antes había pegado a nadie y menos a una mujer, ni siquiera a sus hijas. La culpabilidad empezó a invadirle, sus silenciosos y aguados ojos pedían perdón a aquella niña mientras no dejaban de mirarla. Ella entendió perfectamente aquella mirada de arrepentimiento y bajando los ojos le dijo:

—No importa Comi. A veces me sucede y no sé cómo parar.

—Disculpe —atisbó a decir él con voz resquebrajada.

—No he sido siempre así, ¿sabe? Me pasa desde que mis padres me metieron en aquel sitio. Decían que no era una niña normal porque no me ponía vestidos, no hacía lo mismo que otras chicas de mi edad, era diferente. Pensaban que el diablo se encontraba dentro de mí y me metieron en aquel lugar.

—¿Qué lugar?

—Un lugar para gente como yo. Desde aquel momento, también me pica mucho la cabeza.

Marius no supo cómo consolar a aquella niña desolada en aquellos momentos, acababa de mostrarle uno de sus secretos, una de sus vulnerabilidades, su estancia en un sanatorio. No era capaz de decirle que la entendía perfectamente, pues él también había estado ingresado en uno, fue justo después de la trágica pérdida de su mujer y de sus dos hijas, pero en su caso fue voluntario, para esconderse de aquella sociedad que lo culpaba.

Los cinco minutos habían llegado a su fin. Ambos tuvieron que salir y llevarse consigo sus conclusiones. Salieron a la fresca noche con luna creciente. Apenas veían sus siluetas. Era hora de ir a dormir. Cuando emprendieron caminos separados, de repente Ana se giró y con su habitual desparpajo, como si no hubiera sucedido nada le dijo:

—Por cierto, Comi. No le he dicho mi descubrimiento.

—Cierto niña…Vidal.

—El sello, el sello pertenece a los duques Bou d'Encants.

Él se quedó sin reaccionar.

—¿No los conoce?, vaya que bien, ahora soy yo la que tengo que enseñarle a usted —dijo sonriendo—. Son los dueños del Castell de Canyelles, llevan allí tres generaciones. Ya verá todo lo que le tengo que contar mañana, Comi. Sé un montón de cotilleos de

ellos, un montón —y acto seguido, le guiñó el ojo y siguió su camino acompañada de su habitual masaje de cabeza.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Marius. A pesar de haber conseguido una importantísima pista para seguir indagando, lo único que atisbaba a sentir en aquellos momentos era una incompresible ternura hacia aquella niña. Pues iba a ser cierto que se parecían más de lo que imaginaba. Aquella noche se permitió no volver a pensar en el caso por unas horas.

Lucinda y Jacinto eran los duques Bou d'Encants, primos casados entre sí y descendientes de tercera generación del Castell de Canyelles.

Su posición de alto rango se la debían al rey Fernando VII que, tras cinco años de exilio en Francia, regresó a España en el año 1814. De forma inmediata empezó a favorecer a gente de su confianza ofreciéndoles títulos nobiliarios. Rápidamente muchos candidatos oportunistas se emplearon a fondo en alabarlo y ofrecerle sus más leales servicios. Entre estos embaucadores, se encontraba un conocido comerciante llamado Eduardo Bou d'Encants, que había hecho mucho dinero adueñándose de varias lonjas de la zona, entre otros negocios. No perdió la oportunidad de obtener un título nobiliario para afianzar su riqueza y, alabando las directrices totalitarias del nuevo monarca, consiguió hacerse con el viejo Castell de Canyelles, un punto importante para el tránsito de comercio desde la costa hacia el Penedés.

Este bosque era transitado diariamente por pequeños comerciantes que iban a vender sus verduras y hortalizas, así como pescadores que transportaban pescado seco y desalado hacia las tierras del interior. Pronto, el nuevo dueño del Castell estableció un peaje al paso por Canyelles que obligaba a sus transeúntes a pagar con parte de su mercancía a falta de monedas. Y fue así como durante setenta y dos años y tres generaciones, la familia fue enriqueciéndose y acumulando poder a pesar de los cambios políticos existentes.

Los actuales duques eran fruto de un matrimonio concertado. Ella se mostraba altiva y con un fuerte carácter, a pesar de su metro y medio de estatura, cuerpo grande y unos penetrantes ojos negros. Él, con una imagen mucho más débil, alto, muy delgado, de piel pálida y pequeños ojos verdes daba la sensación de estar enfermo y se mostraba sumiso ante la presencia de ella.

Las malas lenguas decían que, a pesar de mostrarse en público como fervientes siervos de Dios y practicar el catolicismo, en realidad eran mucho más fieles seguidores de los

placeres del pecado. Se comentaba que realizaban orgías en el castillo, llenando algunas de las habitaciones con las personas más pudientes de la zona, mezcladas con otras de los más bajos fondos y que, al silencio de la noche, cuando los cotillas dormían, se dedicaban al roce y goce de sus desnudos cuerpos dejándose llevar por el placer que les producían todo tipo de juegos sexuales en los que las parejas se intercambiaban indistintamente y , donde cualquier gusto anómalo era gozado a cambio de una gustosa cantidad monetaria o intercambio de favores.

También se comentaba el despotismo heredado de sus antepasados que les hacía cometer todo tipo de abusos con los sirvientes y habitantes de la población. La humillación y los castigos corporales estaban a la orden del día para aquellos que osaban contradecirles o simplemente quien tenía la mala suerte de encontrárselos en el momento equivocado.

Todos sabían, sin embargo, que el cerebro de tamañas acciones era la duquesa Lucinda. Se decía que la habían visto, en varias ocasiones, paseando por los jardines del castillo mientras llevaba al servil duque atado con una correa de perro al cuello caminando a cuatro patas, despojado de sus más dignos ropajes, totalmente desnudo. Los encantos de aquellos duques eran conocidos más allá de las fronteras de Canyelles.

Marius Argent se había quedado pensando en el texto leído, recapitulando. Habían descubierto que, con toda probabilidad, un barco procedente de la colonia española en África había llegado a aquellos mares contratado por los duques del Castell. Parecía ser que el barco, por algún motivo desconocido, había naufragado cargado con una mercancía que no llegaría nunca y, con el objetivo de informar o de que quedara constancia, guardó la información en una botella y arrojó a uno de los tripulantes al mar o, quizás, éste cayó. El caso era que un barco se encontraba en el fondo del mar en algún lugar desconocido cargado de algo dirigido a Canyelles. ¿Qué cargamento llevaba?, ¿por qué tanto secreto?, no había tenido noticias de ningún naufragio oficial, estaba seguro que lo que sea que cargara aquel barco era algo ilegal.

El siguiente paso consistía en ir a visitar a los destinatarios de aquel naufragio marítimo, sin embargo, la frase "*…deben esperar a que la luz les marque el lugar de desembarque…"* que Marius había leído en uno de los documentos, le hizo pensar que debían dar un paso previo. No pudo evitar pensar que el faro tenía algo que ver en todo aquello. Ana le había contado que hacía tiempo que los lugareños se preguntaban por qué iluminaba cada noche aquellos acantilados, nadie preguntó a aquel hombre, un lobo solitario que no tenía relación con el resto de habitantes. Llevaba tanto tiempo alejado

del mundo que algunos pensaban que había muerto y que era su espíritu el que seguía regentando el faro. Aquello le hizo pensar que quizás estaba relacionado con el suceso, motivo por el que se dirigieron a él.

Mirando hacia arriba desde la puerta de entrada, la verticalidad era abrumadora. Reconstruido veinte años atrás, las piedras seguían conservando el deterioro que la experiencia de años frente al mar y las inclemencias del tiempo habían generado en el antiguo faro. Una cadena de musgo decoraba el exterior de la parte norte, donde la oscuridad reinaba y no dejaba penetrar la luz que aquel mismo edificio emitía cada noche, como si una parte del mismo hubiera sido castigada a no poder gozar de su propia virtud. Se hacía difícil imaginar que debían llegar hasta la parte superior. Marius se mostraba preocupado por el exceso físico que imaginaba estaba a punto de llevar a cabo, aquella forma atlética que le había caracterizado en el pasado ya no formaba parte de él. En cambio Ana estaba exultante. A punto de traspasar la puerta de madera vieja que la iba a transportar a su lugar soñado. Por fin podría ver aquel edificio por dentro, pensaba que le daría ventaja si en un futuro cercano quería ser la encargada de aquel solitario rincón. Qué emoción sentía.

Con aquellas sensaciones contrapuestas, ambos iniciaron el camino hacia el cielo. Nada más entrar pudieron comprobar el pequeño espacio sin ventanas que se les avecinaba. Unas angostas escaleras iniciaban su viaje hacia la derecha, pequeños peldaños en los que no cabía el pie completo y donde él debía hacer un esfuerzo extra por mantener el equilibrio apoyándose con las palmas de las manos en las paredes laterales. Sus manos iban percibiendo aquella áspera sensación de la roca que invadía todo el cuerpo. Marius subía con pesar, Ana con entusiasmo. Un olor a madera podrida y piedra fría absorbía el ambiente, mientras seguían ascendiendo por aquellas escaleras circulares que les obligaban a parar de vez en cuando para no marearse. Y por fin la luz.

Encontraron al viejo lobo semidesnudo, apenas llevaba unos viejos pantalones rotos que le llegaban a media rodilla. Se encontraba colgado de una cuerda boca abajo, con los brazos cruzados y los ojos cerrados recordaba a un murciélago en reposo. Ana enseguida sintió cierto desconcierto, su larga cabellera blanca y rizada rozaba el suelo y una espesa barba ocultaba casi todo su rostro. Ambos mantuvieron silencio durante unos minutos sin saber cómo iniciar la conversación. De repente, unos ojos azul intenso hicieron su aparición mirándolos fijamente, seguidos de una sonrisa que dejaba ver una boca escasamente poblada. Si aquello era en lo que se convertían los viejos vigilantes de faros, Ana no estaba tan segura de querer llegar a ser como ellos.

En cuestión de segundos, el viejo farero cambió su perspectiva del suelo y rápidamente se acercó caminando. Era ágil, de eso no había duda. Cuando lo tuvieron cerca, pudieron comprobar también como desprendía un nauseabundo olor que les hizo llevarse rápidamente las manos a la nariz, mientras disimuladamente intentaban alejarse de él.

—¿Quiénes sois?, ¿qué queréis? ¿Quién os ha invitado a mi casa? —gritó el viejo de repente mientras mantenía la compostura corporal.

—Esto es un espacio público, corresponde al gobierno señor, y nosotros somos la autoridad. Todo está en orden.

—¡No os quiero aquí, fuera! —, y tras decir estas palabras, les dio la espalda, subió los brazos y empezó a cantar mediante pequeños susurros. Marius y Ana se miraban en silencio con cara de estupor. Acto seguido el viejo farero empezó a bailar y a realizar movimientos extraños mientas gritaba sin dejar de repetir: —no os quiero aquí, no os quiero aquí, adiós, adiós…

Marius le interrumpió con voz más elevada todavía, imponiendo la autoridad que hasta el momento no había mostrado:

—Nos iremos en cuanto responda a unas preguntas. Si no lo hace, tendremos que llamar a nuestros compañeros y esto se llenará de gente, ¿es eso lo que quiere?,¿mucha gente en su faro?

Tras aquella afirmación, el farero paró, los miró y empezó a reírse sin parar.

—Está un poco loco, ¿no cree, Comi? —, comentó Ana en tono bajo.

—Me temo que sí. Mire aquel cuenco —respondió señalando un tarro que había en la mesa de madera llena de tal cantidad de objetos desordenados que a Ana le costó verlo. Sin darle espacio a hablar, Marius prosiguió —Luego le cuento.

—Señor farero, queríamos saber el motivo del alumbrado que efectúa usted cada noche

El hombre se puso serio.

—Me refiero al cambio de luz. La gente local se ha dado cuenta que ilumina unos acantilados a los que los barcos no suelen acercarse.

—Ilumino el mar y todo lo que haga falta —respondió el hombre visiblemente molesto.

—Sí, pero, ¿por qué ha cambiado ese criterio?, ¿ha llegado algún barco a aquella zona?

—No.

—¿Entonces, señor?

—Déjame en paz, idiota.

Marius percibió que se había puesto nervioso y estaba ocultando algo. Era difícil que aquel hombre le fuera a explicar nada, pero rápidamente pensó una estrategia fácil y que siempre funciona.

—Le doy dinero para que se lo gaste en lo que quiera si me responde, solamente a esta pregunta: ¿quién le ha pagado por iluminar aquella zona? —acto seguido sacó unas monedas de su bolsillo y enseñándolas al hombre siguió— solo eso y nos iremos, fácil.

Tras unos minutos de duda, finalmente el hombre aceptó la oferta y con voz baja y hablando rápido comentó— la duquesa Bou d'Encants. —Rápidamente cogió las monedasy empezó a mirarlas mientras sonreía y dejaba a la vista, entre los pelos de la barba, 3 solitarios dientes. Ana sintió asco —¿y cómo llego hasta ellos? —prosiguió Marius-.

—Siguiendo la ruta de la luz. Subiendo el acantilado y eligiendo el camino oscuro —respondió el hombre sin dejar de observar las monedas.

—¿Oscuro? —repitió Marius.

El farero lo miró, se acercó y le dijo— sí, el camino oscuro es el que enseña la cara oculta de todos nosotros —y acto seguido les dio la espalda y dejó de prestarles atención.

El regreso a tierra por las mismas escaleras había transformado a aquella pareja, ella perdió su ilusión y bajó defraudada acerca de lo que había visto, en cambio, él hizo todo el viaje con una gran sonrisa llena de emoción, era evidente lo que había ocurrido y estaba deseando llegar abajo para explicárselo a su compañera. Lo que ambos no sabían es que estaban a punto de iniciar un camino de no retorno, ése que llega hasta los secretos más ocultos de los que ya no se puede escapar.

—¡Que hombre más horroroso! —dijo Ana con gran repulsión.

—La soledad.

—¿En serio?, ¿yo sería como él? —No creo.

—Probablemente —respondió el excomisario— demasiados años encerrado y sin contacto humano es difícil de prever adonde le llevarán a uno —prosiguió— ¿no recuerda a los que estaban con usted en… aquel lugar? —comentó sin atreverse a decir el nombre.

—Sí —contestó ella pensativa, sí…—repitió desanimada.

—Pero hay otra cosa que influye, señorita —dijo Marius.

—¿El qué?

—Su enfermedad.

Ana lo miró con cara de curiosidad.

—¿Recuerda el frasco que le he señalado allí arriba?

—¡Ajá…!

El inspector Marius, había llegado a la conclusión que aquel hombre estaba enfermo, padecía sífilis. Lo dedujo porque se dio cuenta que aquel bote contenía mercurio, y ese metal era utilizado para el tratamiento de dicha enfermedad desde el siglo XV. Era la mejor solución que habían encontrado hasta el momento. El problema era que también tenía muchos efectos secundarios por el envenenamiento, entre ellos la locura.

—¿Cree que nos ha contagiado Comi? —dijo Ana asustada

Él la miró y empezó a reír, cosa poco habitual.

—No, Vidal, no

—¿Y cómo lo sabe?, creo que voy a tirarme al mar para desinfectarme…

—Tranquila niña, solamente se puede contagiar por contacto sexual, y creo que usted y yo no hemos tenido ese tipo de contacto con él, ¿verdad?

—¿Sexual? —respondió— ¡pero si está aislado y solo!

—¡Cierto!, pero hemos visto que se deja sobornar muy rápido. Es posible que en lugar de dinero, en otras ocasiones, lo hayan hecho con alguna visita.

Ana observaba con los ojos extremadamente abiertos a aquel hombre, acababa de descubrir una parte de la condición humana que le había alejado un poco más de la inocencia. Tal descubrimiento no saldría de su cabeza en días. Sin embargo, aquel hecho no debía preocuparla pues se avecinaban otros mucho más increíbles que formarían parte de sus sueños durante mucho tiempo.

Hasta el momento, su investigación había ido por mar, ahora estaban a punto de introducirse en un mundo desconocido para ellos. Habituados a estar cerca de la costa, aquella nueva aventura les producía cierto respeto, pues no se sentían realmente cómodos en tierra firme. Sin embargo, el policía Marius era un profesional y pensaba

llegar hasta el final, a pesar de saber que tratar con unos duques de respetado renombre entre las altas esferas era algo arriesgado. Ana, por su parte, estaba contenta de sentirse útil y aprender junto a aquel compañero era algo increíble para ella, sentía como si fuese el padre que nunca tuvo. Ninguno de ellos tenía nada que perder, y fue quizás ese gran detalle el que les hizo cometer uno de los mayores errores, enfrentarse a los duques Bou d'Argent.

Habían planificado aquel inicio. Antes del amanecer, les acercaría un pescador por mar hasta el acantilado que iluminaba el faro. Querían recorrer el mismo camino que, supuestamente, realizaba el barco en el que imaginaban que iba el desconocido hombre ahogado, y para ello debían seguir las mismas instrucciones. Una vez allí, esperarían al amanecer para, a la luz del día, empezar la excursión. Habían calculado la distancia hasta el Castell de Canyelles y sabían que deberían estar un día entero caminando. Su idea era hospedarse en algún hospedaje del pueblo y al día siguiente ir a visitar a los duques. Esperaban poco de ellos, y ante la falta de medios e interés del resto de la sociedad y las autoridades, al menos, querían ver sus caras y por supuesto tratarían de dar respuesta a las dudas que todavía tenían, ¿realmente se hundió un barco en la costa cercana procedente de tierras africanas?, ¿qué hacía navegando por allí?, ¿qué material transportaba para que todo fuera tan secreto?, y lo que les llevaba hasta allí, ¿conseguirían averiguar la identidad de aquel pobre hombre?

—Puede que transporte oro — comentó Ana desde la barca, mientras la brisa le obligaba a entornar los ojos medio ocultos por los mechones de flequillo que ondeaban por su rostro.

Él la miraba con aire protector, sus hijas podrían ser como ella en aquellos momentos si continuaran vivas. Aquella niña menuda, vestida como un chico no paraba de rascarse la cabeza. Él había dejado de pedirle que lo hiciera desde el momento en el que descubrió el motivo de tal acto. Desde entonces no podía evitar sentir un poco de pena porque alguien tan joven hubiera sufrido tanto. Él ya tenía una edad y había vivido años maravillosos, pero ella… se sorprendió sonriendo con ternura a aquella personita que lo seguía, pobrecita, no podía confiar en nadie más. Solo entonces se dio cuenta de la importancia de aquel hecho, y justo después reflexionó, él tampoco tenía a nadie.

La pared del acantilado era bastante lisa, pero se dieron cuenta que había unos salientes en la roca en forma de escalera, y allí empezaron a tocar tierra de nuevo. Estaba amaneciendo y durante unos instantes se permitieron el lujo de ver salir el sol, brillante y templado en aquel día de invierno. Justo después empezaron su camino a través de aquellos bosques repletos de pinos que les cobijaban del frío.

Sumergidos en un intenso verde, y envueltos por un penetrante olor a naturaleza, trazaban sus pasos sobre caminos arenosos. Seguían la ruta que habían imaginado llevaba hasta su destino. El silencio inundaba el lugar, solo roto por los sonidos de los animales que poblaban aquel paisaje, la mayoría de ellos ocultos. Y también, por sus pasos y el aliento que salía de sus bocas cansadas pero firmes.

—¿Sabe la historia del meteorito, Comi? —comentó Ana rompiendo el silencio imperfecto.

—¿Cómo dice? —respondió Marius— ¿a qué viene eso ahora? —continuó.

—Nada, por hablar un rato de alguna cosa. Con tanta piedra me ha venido la historia a la cabeza.

—Bien, comentó él sonriendo. Estoy deseando saber esa historia.

Ana, contenta por el momento de protagonismo empezó a explicar que en el año 1811, había caído una piedra procedente del espacio que fue a parar justo al mismo pueblo al que ellos se dirigían. Muy poca gente había conseguido ver aquel objeto, pero muchas historias se contaron. Las voces de la zona dijeron que era como una piedra enorme que había aplastado varias casas en su caída y provocado un terremoto. Había hecho tal agujero, que nadie fue capaz de sacarlo de ahí y la vegetación fue creciendo sobre él hasta ocultarlo del todo.

—Dicen que son tierras encantadas y que suceden cosas extrañas a aquellas personas que pasan por ellas, desapariciones, gente que se vuelve loca de repente, asesinatos…también dicen que si tocas la piedra, traspasas tu lado oculto y malvado a la roca y ésta se vuelve maligna, cometiendo actos perversos…

A Marius le gustaba escuchar las historias de su pequeña acompañante que explicaba con tanta expresividad y no podía parar de sonreír levemente. Cuánto tiempo sin hacerlo…

—¿Sabe una cosa niñ… Vid… Ana? Las piedras que vienen de fuera son solo piedras y están compuestas de varios materiales que también se encuentran en la Tierra. No hay que tener miedo a lo desconocido, todo tiene una explicación.

—Eso lo dice usted porque no lo ha vivido. Solo espero que nosotros no pisemos ese lugar maldito.

Llevaban ya unas cuantas horas caminando, se sentían desanimados, cansados, deseando haber pedido que alguien les llevara en carro por la ruta más transitada en lugar de seguir aquella recóndita y escondida. Marius lo había decidido así porque

pensaba que debían ver exactamente el mismo paisaje que los tripulantes y pasajeros del barco, solo así podrían, quizás, descubrir algo inesperado que les ayudara a avanzar en la investigación, y así fue.

Repentinamente, tras largo tiempo caminando, empezaron a escuchar un sonido. Al principio no sabían cómo identificarlo, era repetitivo y muy lejano. Ana se negaba a seguir, pero Marius era muy convincente.

—¿Le puedo coger la mano?, ya sé que eso es de niñas pequeñas pero es que… —Él no se negó, sintió que ella necesitaba protección en aquellos momentos.

Según se iban acercando el sonido también crecía con fuerza, aunque era difícil distinguir de qué se trataba. De repente éste empezó a estar acompañado de unos susurros, leves pero continuos.

—¡Se lo dije Comi!, volvamos estamos en la tierra embrujada.

—No Ana, seguro que hay una explicación.

—¿Una explicación?, eso no significa que sea buena.

Los susurros empezaron a volverse más y más intensos hasta que se dieron cuenta que en realidad, se trataba de una melodía. Sin instrumentos, solo voces que, al mismo tiempo, entonaban una canción. Había algo extraño, no eran capaces de entender nada de lo que decían.

—¿Ve Comi? Ya se lo dije, son seres extraños. Volvamos.

Ana no podía dejar de sentir miedo, pero seguía junto a Marius, tan terrible sentimiento iba acompañado de querer saber, de cotillear.

—No hagamos ruido y escondámonos —seguía diciendo, mientras él permanecía mudo pero con paso firme.

Finalmente llegó un momento en el que el sonido se percibía tan cercano, que estaban seguros que tras aquel frondoso bosque, en algún lugar, se encontraban quienes fueran que eran aquellas supuestas personas. Así que sigilosamente, retrasando el paso y con movimientos lentos, salieron de la pequeña ruta para adentrarse entre los árboles. No sabían qué encontrarían, pero no podían dejar de dirigirse hacia ellos, como si se sintieran atrapados por los hipnotizantes sonidos, al igual que lo estaban los marineros del barco de Ulises o las sirenas, en la Odisea de Homero. Por fin sus ojos pudieron ver lo que su mente había estado imaginando hasta el momento.

Ambos quedaron absortos durante varios minutos. Parecía como si el tiempo no avanzara. Aquello de lo que estaban siendo testigos era algo que jamás habían visto, ninguno de los dos, ni siquiera él, un hombre con años de experiencia en la vida y en tierras extranjeras. La incredulidad absorbía sus sensaciones y se preguntaban si no sería consecuencia de un espejismo provocado por el cansancio y por el posible hechizo de aquellas legendarias tierras, pero no, todo lo que veían era real.

Un gran agujero de piedra se encontraba frente a ellos, parte de una montaña había sido aniquilada dejando al descubierto un macizo suelo subterráneo. En él, un montón de personas se encontraban picando y sacando roca del lugar mientras cantaban al mismo tiempo. Entonaban una serie de palabras extrañas acompañados de un ritmo concreto y peculiar. Parecía un trabajo exhausto, estaban atados por cuerdas, tenían las ropas rasgadas y llenas de heridas y arañazos. Sus manos se podían observar llenas de callosidades y algunos mostraban signos de debilidad, como cojeras, o dificultad para mover la espalda y brazos. Observar aquello les dolió, pero no fueron aquellos signos lo que les impactó, fue algo mucho más sorprendente.

—¡Son iguales que el hombre ahogado, Comi!, ¡son iguales! —repetía Ana sin cesar. Y con ello se refería a que todos aquellos hombres eran de raza negra.

La mente de Marius no dejaba de trabajar, haciendo hipótesis y deshaciéndolas, cambiando combinaciones… ¿qué era todo aquello?, ¿se encontraban en la comarca del Garraf? Se estaba volviendo loco y sabía que todo de lo que eran testigos en aquel momento les iba a hacer daño a ellos mismos.

Y fue justo mientras se encontraba sumergido entre aquellos pensamientos cuando una mano pequeña tocó su hombro derecho por detrás. Rápidamente se giró.

—Buenas tardes. Les veo algo agotados. ¿Se encuentran bien?

Se sentían descubiertos y pillados por sorpresa, no tenían ninguna opción de defensa.

—Permítanme que me presente, mi nombre es Lucinda Bou d'Encants, duquesa del Castell de Canyelles —comentó con una fea sonrisa, carente de algunos dientes.

Aquella mujer bajita y corpulenta inspiraba bastante respeto, y también ayudaban los cuatro hombres que se encontraban tras de ella con la clara intención de protegerla ante cualquier amenaza. Mientras Marius valoraba la situación y Ana no podía dejar de llorar sin motivo aparente, la duquesa prosiguió.

—Imagino que están algo conmocionados por lo que acaban de ver. No se preocupen, todo es correcto y está en regla, ustedes son unos privilegiados, pues han sido testigos de una obra innovadora, algo que asombrará al mundo.

Ellos seguían sin moverse ni hablar.

—Vengan, les invito a quedarse en mi castillo esta noche y así podré explicarles cosas y resolverán sus dudas de lo que acaban de ver y del motivo por el que han venido hasta aquí —comentó mostrando de nuevo aquella sonrisa. Iremos en mi carro.

Ana, en esos momentos no pudo dejar de abrir intensamente los ojos y preguntarse cómo sabía aquella mujer el motivo por el que estaban allí. Marius, por el contrario, estaba seguro que alguien le había informado y que ella no había llegado por casualidad, sino que había ido a buscarlos expresamente.

Y así fue el primer encuentro entre Marius, Ana y la duquesa del Castell. El excomisario tenía un mal presentimiento y estaba seguro que su estancia en el castillo no iba a ser demasiado agradable.

La imponente masa de piedra era increíble. Habían escuchado hablar de él, de su majestuosidad, y ahora podían comprobar que era cierto. Llegaron con la noche ya entrada, el exterior del edificio estaba lleno de antorchas que le daban un aire rojizo y ciertamente tenebroso.

Al entrar, continuaron sintiendo la majestuosidad del lugar, debido a sus pasillos decorados de grandes joyas y a empleados moviéndose hacia todas direcciones. Se sorprendieron al llegar al gran salón, tan grande que el eco perseguía a cada palabra. Allí mismo se encontraba el duque, acompañado del servicio, con una gran mesa engalanada y llena de comida, mucha más de la que Ana había visto en una semana. Era evidente que les estaban esperando.

—Les hemos preparado algo de comer, porque sabíamos que no se alimentan demasiado, y a la vista está —comentó la duquesa con cara de asco mientras observaba a sus invitados— Aquel es mi querido esposo Jacinto, y nos acompañará a la mesa esta noche.

—No tenemos mucho hambre —respondió Marius buscando cualquier excusa para no permanecer allí. En aquel momento Ana le estiró de la chaqueta mirándolo con cara de contradicción, pues realmente se sentía hambrienta.

—No sé señor Argent —dijo la duquesa— si se ha dado cuenta que esto no es una invitación, y ustedes no son nuestros invitados en estos momentos, más bien son

prisioneros y de ustedes depende convertirse en los invitados, así que siéntense, ¡ahora! —dijo visiblemente molesta Lucinda.

El banquete había transcurrido en silencio, la tensión se palpaba en el ambiente, nadie de allí se encontraba cómodo. Al finalizar les sirvieron una copita de licor y fue en aquel momento en el que las cartas se pusieron sobre la mesa.

—Bien —comentó el duque— así que están investigando la muerte de un hombre pobre y negro —prosiguió.

—Es usted un poco grosero, ¿no? —respondió Ana como si hubiera estado en lugares peores que aquel y, pasados los primeros momentos, el miedo se hubiera evaporado. Mientras, Marius no dejaba de beber, se encontraba aturdido.

—¿Cómo dice pequeña?

—Me llamo Ana señor duque, y le digo que no hay que hablar mal de los muertos.

—¡No hables así al duque niñata!, ¡vale mucho más que tú y que ese muerto! —entonó Lucinda.

—Tiene más dinero, eso si —continuó Ana. Justo en el momento en el que Marius le ponía la mano sobre el brazo confiando en que se callara.

—Bien —prosiguió la duquesa— no espero educación de ciertas clases sociales, así que vamos a acabar lo antes posible con esto.

—Bien, comentó Marius por primera vez —le voy a explicar lo que sabemos para que no empiecen a mentir desde el inicio. Ana lo miró con orgullo —resumiendo, sabemos que han contratado, como mínimo un barco, y por lo que hemos visto hoy, seguramente más, procedente de África. Por cierto, ¿sabe que la esclavitud fue abolida hace cuarenta y nueve años?, eso significa que se han convertido en delincuentes.

—Eso es —acompañaba Ana a la explicación.

—Lo sabemos —prosiguió Marius— porque justo el día de los ahogados, del terrible suceso acontecido en el que muchos pescadores de la zona perecieron, un hombre de raza negra apareció en el mar, muerto. Y ahora estamos seguros que tiene el mismo origen que todos los que hemos visto esclavizados en su cantera.

—Qué inteligente es usted, Señor Argent —comentó irónicamente Lucinda— ahora le vamos a explicar nuestro punto de vista —prosiguió ésta.

—Bien dicho cariño —apostilló el marido con su habitual sumisión.

—Tú te callas —zanjó ella.

Acto seguido dio unos golpes en la mesa y un empleado entró con una bandeja sobre la que se encontraba una pequeña piedra, oscura, de menos de un kilo de peso.

—¿Qué es eso? —preguntó Ana impaciente.

—Eso, Ana —le respondió Marius— es el meteorito del que me hablaste, la piedra del espacio.

—¿¡Eso!?, pero si es un trocito muy pequeñito…

—Así es niña —continuó el duque— está completo, tal y como cayó, solo que…

—Pues vaya decepción —replicó ella.

—Solo que no es el real, sino una réplica —prosiguió la duquesa.

Y acto seguido, se descubrieron las intenciones de los duques. Estaban construyendo un centro de culto en el que el meteorito sería el protagonista. Ya existían muchas leyendas en su nombre y mucha gente le tenía miedo porque imaginaban que estaba hechizado. Los dueños del Castell habían decidido hacer negocio con él justo en aquellas montañas cuyo nombre ya tenían decidido, *"El templo del meteorito".* Estaban seguros que jugar con las supersticiones y el miedo de la gente les haría inmensamente ricos y, sobre todo, les daría mucho más poder. Era un trabajo duro y debía ser secreto para que la competencia de la zona no pudiera enterarse. Sabían que muchos hombres perecerían en aquellos exhaustos trabajos, motivo por el habían empezado con el tráfico ilegal.

Al parecer días atrás había ocurrido un pequeño hecho que trastocó los planes de los duques. Uno de los trabajadores de la cantera consiguió acceder a la piedra espacial y salir huyendo por el mismo camino por el que llegó. Los guardias no tardaron en darse cuenta y fue perseguido durante horas. Fue valiente y hábil, llegó hasta encontrarse justo en el borde del acantilado. Su plan era esperar al siguiente barco y pagar con la piedra para que le llevaran de vuelta a casa. Lamentablemente para él allí no había llegado todavía ninguna embarcación y no pudo escapar. Fue alcanzado. Cuando se dio cuenta que no volvería nunca a casa, que su plan había fallado, lazó aquel mineral lo más lejos que pudo dejando que éste se sumergiera en el mar. Acto seguido, su cuerpo cayó por el mismo lugar. Sin saber nadar, no tardó en ahogarse manteniendo el trozo de cuerda que se encargaba de recordarle que era prisionero de personas embrujadas por la codicia.

—Así que realizó el camino inverso… —comentó Marius—. Siempre pensamos que él estaba en el barco que llegaba, nunca que viniera de tierra… pobre hombre.

—Nada de pobre, nos robó —comentó el duque.

—Y ustedes le robaron la vida a él, mucho peor sin duda —respondió provocando una amarga mueca en el duque. Lo que no acabo de entender —prosiguió— es por qué nos cuentan esto.

—¿Recuerda que le he dicho que de usted dependía pasar de prisionero a invitado? necesitamos su colaboración —dijo la duquesa.

—¿Colaboración?, somos agentes de la ley y ustedes son criminales.

Una sonora carcajada de Lucinda se escuchó, incrementada por el eco, acompañada, cual cordero, por su marido Jacinto que le reía siempre las gracias.

—Señor Argent, soy una mujer que he conseguido todo lo que he querido en esta vida y ¿sabe por qué? Porque he descubierto que todo el mundo tiene un precio, incluido usted y esa mocosa.

—¡Oiga! —se escuchó decir a Ana.

—Le propongo un trato. Necesitamos encontrar la piedra original para que nadie se haga con ella.

—¿Bajo el mar?, seguro que puede sobornar a otras personas más adecuadas.

—Así lo hicimos, pero cuando la estaban buscando, a las pocas horas de caer al agua, de repente y sin explicación, una gran tormenta azotó el mar y aconteció la desgracia que usted me contó.

—¡Tiene poderes!, la piedra provocó la ira del mar —comentó Ana— se lo dije, Comi —le comentó mientras le daba con el codo en el brazo.

—No seas simple, enana, eso es imposible, que una piedra haga algo así —replicó la duquesa.

—Quizás había poseído el odio del hombre que esclavizaron y mataron y éste se vengó… —Volvió a responder ella.

—¡No repliques a una duquesa, mocosa! ¿Nos ayudarán? —comentó dirigiéndose al excomisario.

—¿Y que conseguimos nosotros? —dijo rápidamente Ana saltándose la palabra de Marius.

—Buena negociadora, mocosa. Sé lo que deseáis. Tras la catástrofe acontecida con los marineros, las autoridades de Vilanova van a crear una Sociedad de Salvamento de Náufragos. Yo tengo muchos contactos en el pueblo y puedo hacer que el señor Marius Argent sea nombrado nuevo comisario de la división, y tú mocosa, podrías con el tiempo llegar a trabajar en el faro, cuando seas mayor, por supuesto.

—¿Ah sí? —contestó Ana ciertamente emocionada —¿podría trabajar en el faro?

—¡No!, ¡no!, ¡ni hablar! —respondió Marius–, no seremos cómplices. Se acabó, nos marchamos.

—Vaya señor Argent, pensaba que estaría más abierto a una buena propuesta de trabajo. Sobretodo después de lo que le pasó.

—¿Qué le pasó? —comentó Ana, arrepintiéndose inmediatamente de haber hecho la pregunta, pues sabía que aquello era algo de lo que él no quería hablar.

—¿No sabes la historia de tu superior?, ¿de verdad no sabes la macabra historia?

Unos cuantos años atrás, Marius Argent, un reputado agente con gran experiencia en importantes puertos de Europa, era el comisario jefe de la sección de la policía que se encargaba de la Barcelona portuaria y su costa. Su vida había estado llena de éxitos, en el trabajo y en el amor, junto a su esposa y dos hijas. La vida le había sonreído, por eso nadie pudo llegar a imaginar la dantesca escena que un 27 de abril se vio en un piso de la calle Baluard número dieciocho, en el barrio de la Barceloneta. Hacía dos días que el Comisario no aparecía por su puesto de trabajo, por lo que varios guardias decidieron ir a su hogar para ver si se encontraba bien. Lo que allí descubrieron salió reflejado en la prensa de la fecha. La puerta se encontraba entreabierta, al empujarla brevemente, vieron manchas de sangre en las paredes y el suelo del pasillo. Rápidamente se pusieron en posición de defensa y mientras se adentraban por aquel lugar, descubrieron con estupefacción la dantesca imagen del salón. Tres cadáveres yacían en el suelo, la mujer junto al ventanal, y las dos niñas cerca de la chimenea. Entre los cuerpos estaba sentado su superior, todo empapado de sangre. Era evidente que se trataba de un crimen pues las muertes habían sido violentas. Automáticamente se convirtió en sospechoso y estuvo bajo arresto varios meses, ya que se negaba a hablar. Pensaron que era producto de no querer confesar tan tremendo asesinato. Se

especularon los motivos y se llegó a la conclusión que, debido a sus largos viajes al extranjero, su esposa tenía un amante que el Comisario descubrió a su regreso de uno de ellos. Sin embargo nunca se pudo comprobar tal hecho. Tampoco la culpabilidad de nadie. Por ese motivo fue puesto en libertad, pero como siempre le acechó la sospecha de culpa, fue relegado de su cargo y desapareció voluntariamente durante unos años hasta que fue encontrado de nuevo por un antiguo amigo suyo, Juan Castillo, haciendo de sereno por los barrios bajos de Barcelona. Había sido un buen policía y merecía una nueva oportunidad, pensó. Y así fue como llegó a Vilanova para encargarse de un ahogado al que nadie echaba de menos y del que nadie quería saber nada. Sin embargo, el dolor seguía habitando en él, pues no había conseguido recordar nada de aquellos días, por lo que en algún lugar de su mente, todavía tenía la duda de si él había sido capaz de realizar una acto tan atroz.

Cuando la duquesa acabó de explicar los hechos, se dirigió a Marius —¿fue usted?, ¿las mató usted, señor Argent? Parece que no es tan buen hombre como aparenta —dijo mostrando su sonrisa habitual.

Hubo unos minutos de silencio que se hicieron larguísimos. Marius se encontraba abatido por el recuerdo de aquel pasado que lo atormentaba y lo acompañaba siempre. Perdió las fuerzas y se abandonó. La duquesa lo había noqueado y sabía que lo había vencido. Ahora podría hacer con él lo que quisiera.

Ana, desde su posición tuvo unos primeros momentos de estupefacción por la historia que acaba de escuchar. Tras ellos, sintió una pena infinita por su compañero, por su pérdida y por el peso que arrastraba, ahora entendía ese carácter distante y serio, esa coraza que no dejaba traspasar a nadie. Pero nunca dudó de su inocencia, para ella, fueran cuales fueran lo hechos, él era un buen hombre.

En aquellos momentos, Ana sabía que no podía contar con él, y era ella la que debía decidir. Sabía que él no quería aceptar aquel trato, sin embargo, aquella repugnante mujer les estaba ofreciendo una salida a sus vidas, les estaba dando la oportunidad de ser unas personas respetadas y, vaya si se lo merecían. A veces, los principios había que guardarlos a en un bolsillo y ser egoísta.

—Aceptamos el trato señora, usted gana. Mi gran sueño es el faro y sé que es una buena oportunidad para el excomisario, aunque él no parezca estar del todo de acuerdo, se dará cuenta en cuanto vuelva a tener ese rango. ¿Cómo lo hacemos?

La cara de los duques era la imagen de los vencedores.

Una parte de la vuelta a casa fue en carro, no había muchas ganas de caminar. Ana solicitó si podían volver por el mismo camino por el que habían llegado, pues habían quedado con el marinero en que les recogería dos días después en el punto de partida. Mientras las ruedas recorrían el estrecho sendero, pasaron junto a la cantera y ambos no pudieron despegar los ojos de aquella gente, un agrio adiós y cierto halo de culpabilidad por dejarlos allí. Hubo un momento donde el camino se estrechaba tanto que tuvieron que seguir a pie y así llegaron al lugar de inicio, en el más completo silencio.

Sentados al borde del acantilado, aquel del que habían partido y el mismo por el que había caído el hombre ahogado, pudieron observar la puesta de sol. Debían pasar parte de la noche allí para ser recogidos al amanecer. Justo en aquel momento en el que el rojísimo astro mostraba su inmenso tamaño sostenido por el horizonte del mar e iluminando de color el cielo, Marius se dignó a pronunciar las primeras palabras desde hacía ya mucho.

—¿Por qué lo ha hecho, Ana?, ¿por qué ha aceptado?

—Por nosotros, Comi. Es nuestra oportunidad.

—¿Y ellos?, ¿y nuestro hombre ahogado?, no puedo aceptar algo así. Mis principios…

—Lo sé Comi, sé cuáles son sus principios.

—¿Y entonces?

—En realidad no he renegado de ellos, Comi. Tengo un plan. Los duques me han dado una carta de recomendación y han enviado otra a personas influyentes de Vilanova. En cuanto lleguemos y nos confirmen el puesto, una carta anónima llegará a las autoridades de la costa en Barcelona. En ella se mostrará la ubicación de una cantera sospechosa de tráfico de esclavos. También se les informará de la relación entre unos documentos encontrados en una botella, y enviados a Barcelona, con un supuesto barco desaparecido en el mar, posiblemente naufragado con vidas en su interior bajo las órdenes de un tal capitán Santiago García y procedente de una parte de África. Y nosotros podremos cerrar una parte del caso.

Marius estaba sorprendido ante tal plan y sentía incredulidad por saber que había salido de aquella niña mal peinada, sucia, y que no paraba de rascarse la cabeza. Se había convertido, de repente, en la adulta del equipo.

—¿Sabe Comi?, no se va a librar de mí, seré su ayudante en su nuevo puesto. Mientras usted me enseña a leer una carta náutica, por supuesto, no piense que he renunciado a mi sueño de ser farera —comentó girando la cara y guiñándole un ojo.

—¿Qué hacemos mientras esperamos? —preguntó él.

—Creo que nuestro hombre ahogado merece un nombre en su tumba, aunque no sea el mismo que le pusieron sus padres. Todos merecemos gente que nos recuerde. ¿Qué le parece Yoyo?

—¿Yoyo?, ¿qué clase de nombre es ese?

—No sé, me lo inventé de pequeña y se convirtió en mi amigo imaginario. Le tengo mucho aprecio.

Ambos rieron. La silueta de dos personas sentadas frente al acantilado observando el ocaso del día y, quizás, sólo quizás, también de una etapa de sus vidas, había cambiado por unos instantes aquel estático paisaje natural. Acompañaban la escena unas sonoras risas, reflejo del estado de ánimo de aquella extraña pareja que había encontrado un motivo para seguir adelante.

***

Moussa Diallo veía a través de una pequeña rendija entre las maderas de la bodega del barco en el que se encontraba encadenado, como el mar iba ganando terreno a la costa desde la que había embarcado por obligación. No quería apartar la vista de ella porque era lo que le unía en aquellos precisos instantes con su esposa y el resto de su familia, a pesar de encontrarse a cientos de kilómetros de distancia.

No quería admitir que los había perdido en el mismo momento en el que lo apresaron, junto al resto de hombres jóvenes de la aldea y lo obligaron a caminar durante días hasta llegar a aquel puerto. Apenas había podido convivir dos semanas en su casa con su mujer desde la boda que tanto había deseado. Ya nunca podría averiguar si iba a ser padre, ni volver a amar a su esposa. No volvería a abrazar a sus padres y amigos. En aquellos últimos instantes en los que pudo observar por última vez el continente al que pertenecía, juró que haría todo lo posible por volver. Los tobillos y muñecas rasgados por las cadenas ya no le dolían, la dificultad por respirar debido a la intensa humedad y masificación del lugar, no le molestaba. Sus únicas lágrimas eran el reflejo del adiós, de una despedida obligada donde él, como ser humano, había perdido el derecho a decidir

su vida, donde había dejado de ser persona para convertirse en objeto, por decisión de otros.

Siempre tuvo la esperanza de que conseguiría regresar, jamás se permitió pensar que no volvería a sentir el calor del abrazo de su mujer, ni que perdería la vida en aguas lejanas y su cuerpo reposaría en una tierra desconocida para siempre.

…the water takes more than we can imagine
the water takes more than we can sustain
it's the beginning and the end of a journey
it is the batle field of dreams unfulfilled…

(…l'aigua pren més del que podem imaginar
l'aigua pren més del que podem sostenir
és el principi i el final d'un viatge
és el camp de batalla dels somnis incomplits …)

Versos extraídos de la canción "the journey" del grupo musical "The Sey Sisters"

FIN

Ajuntament de Canyelles